

cuando yo muera trae á tu hija sin padre, entre tus demás hijos; yo te doy ese permiso, para que Dios me perdone el no haber sabido perdonar á tiempo. El no haber querido recoger los girones de mi dicha, para tejer otra nueva, ménos brillante que la que tú desgarraste; pero más verdadera y más sólida.

VII.

El conde de Albon murió como cristiano, y esta sola palabra dice ya que fué con perfecta tranquilidad y conformidad á la voluntad de Dios.

Ursula quedó más infeliz que el que se iba; ella le había adelantado la muerte.

La sombra de Hugo vertió algun terror en la agonía del moribundo; pero el sacerdote que le auxiliaba, le hizo ver que su largo martirio, que la tortura de su corazón, del cual no pudo arrancar el amor que profesaba á su culpable esposa, eran bastante expiación de sus faltas.

Ursula cerró los ojos á su marido, y de buena gana hubiera dado toda su vida sólo por prolongar algunos años más la existencia de aquel; para ella duraba aún la expiación, terrible, amarga; tenía que vivir.

Ella heredó el martirio de su esposo; y sólo después de haberle perdido, fué cuando verdaderamente llegó á amarle con profunda y desolada pasión.

A pesar de la expresa recomendación de su esposo, la condesa de Albon no quiso llevar por entonces á Julia á su lado, y la dejó en casa de su nodriza; era muy pequeña y la buena mujer que la había criado, había perdido á todos sus hijos y la amaba apasionadamente.

Ursula se dedicó, con el más amoroso esmero, al cuidado de sus seis hijos, de cuya vista y compañía había estado privada por espacio de tres años; ella adoraba á todos; pero ninguno de ellos, excepto Antonieta, podía pagarle aquel profundo amor, porque sus naturalezas vulgares no admitían ni una leve parte de la ternura que llenaba el corazón de la Condesa.

Antonieta era la más cándida y afectuosa de sus dos hijas, y era también la que más había conservado el recuerdo de su madre, y la que se apegó á ella con una profunda adhesión; la segunda, cuyo nombre era Carolina, estaba dotada de una fatal naturaleza, solapada é hipócrita, que ocultaba bajo una exagerada humildad, una absoluta sequedad de corazón y una envidia devoradora.

Sus cuatro hijos estaban unidos por una terrible igualdad, pues todos eran bruscos, avaros y de carácter duro é inflexible.

La dulce y tierna naturaleza de la Condesa concentró todo su consuelo y todas sus simpatías en su hija mayor, que era la que mejor la comprendía, y

ámbas se identificaron, consolándose en sus dolores y partiendo sus alegrías.

—Mi querida Antonieta, dijo un día la Condesa á su hija, que ya contaba doce años; vas á acompañarme en un viaje que me es preciso hacer; ¿vendrás de buena gana?

—¡Oh, mamá, qué pregunta! exclamó la rubia niña, echando sus brazos al cuello de la Condesa; ¡ese viaje será una fiesta para mí! ¿Es largo?

—Un poco: vamos á Lyon; tengo que visitar á una niña... á la hija de una amiga mía.

—¡Dios mío! mamá, ¿qué tienes? exclamó Antonieta mirando asombrada á su madre; te has puesto muy encarnada, y tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Es que... amaba mucho á la madre de esa niña, repuso Ursula esforzándose por dominar su doloroso rubor; al morir, me encargó á su pobre é inocente Julia.

—¿Cuántos años tiene ahora? preguntó Antonieta.

—Va á cumplir cinco dentro de dos días.

—¿Y no tiene papá?

—No, hija mía.

—Como yo, dijo Antonieta con un suspiro.

—Sí, como el tuyo, su padre ha muerto.

—Ya que hemos de pasar con Julia el día de su cumpleaños, ¿quieres que le lleve algunos juguetes míos, querida mamá, preguntó Antonieta; y además, la caja de dulces que me trajo ayer mi prima Amelia?

—Con mucho gusto, respondió la Condesa abrazando de nuevo á su hija; yo deseo, Antonieta mía, que ames á Julia como si fuera otra hermana tuya.

—Y así lo haré, dijo la niña; basta que sea huérfana y desvalida.

Por la tarde salieron para Lyon la Condesa y su hija. Carolina las vió subir al carruaje con una mirada de rencor; envidiaba á su hermana, y no sabia hacerse amar.

En la puerta de la casita de la nodriza, se hallaba sentada Julia á la llegada de su madre y de su hermana; era su asilo humilde y alegre, situado en la campiña á una legua de Lyon y que sólo albergaba á la nodriza, á su marido, á Julia y á una cabra blanca con manchas negras; este animal era la compañía constante de la niña, y á la llegada de la Condesa, se hallaba colocada delante de Julia, que, arrodillada en el suelo, doblaba su diminuta estatura, para mamar la leche que le ofrecia la buena y mansa Bebé.

Al ruido del carruaje, dejó Julia su sabrosa ocupacion, y sujetando á la cabra para que no se marchase, volvió hácia la dama y la niña, que descendian ya de aquel, el más gracioso y animado rostro de querubin, que se puede imaginar.

Una espesa y lujosa cabellera castaña, que se conocia habia de volverse negra al llegar á la adolescencia, se enrollaba en gruesos rizos naturales sobre

su frente, morena por el sol y el aire, pero que ya ostentaba una noble forma; dos cejas oscuras y sedosas, graciosamente arqueadas, cortaban aquella frente, y bajo ellas, se abrian dos ojos negros, rasgados hasta las sienes, límpidos, aterciopelados, llenos de candor y de claridad.

La nariz de Julia, que no era bonita, era tambien acaso por esto, la faccion más encantadora de su rostro, su boca pequeña y purpurina, algo seria, tenia una adorable expresion de gracia indolente y de bondad; sus mejillas, frescas y abultadas, tenian la ideal pureza de contornos que Murillo ha dado á sus ángeles; aquella carita morena con cabello castaño y ojos negros, era un poco redonda, y estaba terminada por una delicada barbilla, adornada de un precioso hoyuelo, que se reproducia en cada mejilla.

Veíase en aquel semblante algo de la indomable fiereza que habia caracterizado á Hugo, y todas sus facciones ofrecian una admirable semejanza con las de su padre, si bien se hallaban suavizadas por el dulce é irresistible encanto de la infancia.

Julia iba muy bien vestida; pero su pequeño pardesus de sarga verde, se hallaba suelto, y dejaba ver su pecho desarrollado y moreno, que ya ofrecia formas encantadoras; por un contraste natural é hijo de la irreflexion de su edad, Julia habia arrojado lejos sus zapatitos y una de sus medias, y sus piés blan-

cos, pues por estar cubiertos no tenían que sufrir como la cara y los brazos las injurias de la intemperie, se parecían á los del niño Jesús, según nos le han hecho conocer los pintores.

—¡Julia! exclamó la Condesa á la vista de la niña, que la miraba con asombrados ojos. ¡Julia, hija mía, ven aquí! ¿No me conoces?

La pequeña mano que sujetaba á Bebé, se separó del lomo de la cabra, y ésta, ya en libertad, echó á correr por una pradera vecina.

Julia se puso de pié, y se acercó á la Condesa que ya alargaba hácia ella los brazos.

—¿Me conoces? repitió Ursula, llenando de besos la frente y las mejillas de su hija.

—Sí, eres la señora que me llevó á la casa grande, respondió Julia; mamá Ursula.

—¿Dónde está Catalina? dijo la Condesa mientras Antonieta se apoderaba de su hermanita.

—Aquí, aquí estoy, señora, respondió la nodriza; yo no pierdo jamás de vista á mi niña.

Y una mujer alegre y fresca apareció en el umbral de la casita.

La Condesa dió la mano á Catalina diciéndole algunas palabras de gratitud; luego añadió:

—Hoy comeremos aquí mi hija y yo; es el cumpleaños de Julia, y á la tardé me la llevaré.

—¡Cómo, señora... ya! exclamó la buena Catalina con lágrimas en los ojos.

—Es preciso, contestó Ursula; debe ya dejar el campo por la ciudad.

—¿Pero la vais á llevar á París?

—No, querida Catalina; por ahora, la dejo más cerca de vos; se quedará en Lyon, al lado de la honrada familia Lespinasse.

—Méenos mal, dijo la nodriza con acento de triste resignación; si de repente me hubiéseis privado de ver á mi pobre Julia, acaso hubiera muerto, señora Condesa; así me iré acostumbrando poco á poco á la ausencia, porque no dudo que muy pronto os la llevareis á París.

La Condesa suspiró; llevarse á Julia á su lado, era el voto más ardiente de su corazón; pero temblaba ante el carácter duro de sus hijos, y el natural, ruin y envidioso de Carolina, que debían imponer una cruel tortura á la pobre Julia.

—Aún tardaré algun tiempo en llevarla á París, dijo, y por ahora, la dejaré, como os he dicho, en casa de Mr. Lespinasse; así él, como su esposa, desean tener á Julia á su lado; pero vamos adentro para que Antonieta dé á su amiguita los juguetes y dulces que la trae.

El día se pasó con rapidez. Julia, cuyo carácter revelaba ya un fondo triste, á pesar de su tierna edad, demostraba hallarse muy contenta al lado de su hermana, y devolvía á la Condesa sus caricias con verdadera ternura y sensibilidad.

Por la tarde se separó de Catalina y de su marido casi sin sentimiento, y subió muy contenta al hermoso coche, desde el cual le tendía sus brazos la Condesa, y en el que sabía que Antonieta iba a subir también.

La pobre nodriza lloraba en cambio desconsoladamente, y sólo pudo mitigar su aflicción la esperanza de ir á ver á su niña al día siguiente muy temprano.

Al cerrar la noche, llegaron á Lyon la Condesa y sus dos hijas, y se apearon en casa del buen mercader.

Los cinco años pasados desde que nació Julia, en cuya noche les conocimos, no habian envejecido casi nada á Mr. y á Mad. de Lespinasse; la misma paz residía en sus venerables semblantes; la misma grata benevolencia en su sonrisa; hallábase reunida toda la familia en la salita que ocupaba el anciano matrimonio, y esta familia era ya dilatada, pues cada una de sus dos hijas casadas, tenían hijos á su vez.

Los señores de Lespinasse contaban ya nueve nietos.

Su hijo único, en vísperas de casarse con la hija de otro honrado negociante, se hallaba también allí; era un gallardo jóven de fisonomía pensativa y dulce.

La Condesa y sus hijas fueron recibidas con esa

franqueza cordial, más agradable y natural que los trasportes más ruidosos; la Condesa dejó á Antonieta y á Julia jugando con los nietos de los felices esposos de Lespinasse, y pidió á éstos un rato de conversacion.

Ambos esposos la condujeron al aposento donde habia nacido Julia, y cerrando la puerta, quedaron aislados del resto de la familia.

—Amigos míos, dijo la Condesa á los venerables esposos; vosotros me hareis la justicia de creer que yo, más que una mujer pervertida, he sido una mujer desgraciada, y que el nacimiento de Julia ha sido, no sólo mi única falta, sino también su más terrible castigo.

—¡Oh, señora! repuso el anciano Lespinasse; si abriros nuestra casa, lo comprendiamos así; el vicio la hubiera encontrado cerrada; para el infortunio se halla siempre abierta.

—Pues bien, señor Cláudio, continuad vuestra caritativa obra, repuso Ursula: aún después de muerto mi marido, respeto de tal suerte su nombre, que no me decido á llevar aún á la casa conyugal á mi hija menor; guardádmela por algun tiempo; entretanto, yo iré ahorrando alguna suma para Julia, no de lo que pertenece á sus hermanos, eso me parecería un robo que yo haría á mis hijos, sino de esas superfluidades, de esos caprichos, de ese lujo que pudiera tener en mi casa y en mi persona, y

que usan todas las señoras de mi clase; yo me privaré con gusto de todo lo que pueda y reuniré para Julia un dote regular que hará más fácil su colocación.

—Nosotros tendremos á Julia todo el tiempo que dispongais; dijo la señora Brígida; casi la miramos como cosa propia, y nuestro paseo los domingos se reducía á ir á verla á casa de su nodriza, á donde le llevabamos dulces y juguetes.

—Por lo mismo que sé que amais verdaderamente á Julia, no titubearé en dejárosela, dijo la Condesa; pero os encargo que se le busque desde luego maestro de lectura, escritura y música, para que vaya aprendiendo los primeros rudimentos; ya que ha de ser pobre, deseo que su educacion sea lo más brillante posible, pues acaso á ella tendrá que deber una existencia independiente y tranquila; su educacion y sus alimentos serán costeados por la modesta renta que su abuela le dejó, y para lo que falte, cuando los gastos vayan siendo mayores, acudid á mí con toda confianza.

Al día siguiente muy temprano, la Condesa y su hija mayor salieron para Paris, ántes de que Julia despertase; Antonieta y su madre la llenaron de besos, y la dejaron entregada al dulce reposo de los ángeles.

Ursula, al separarse de su hija, sofocó con pena los sollozos que subian á su garganta; pero alzando

los ojos al cielo, dijo con esa voz del corazon que nadie percibe en el mundo, y que no obstante es tan distinta para Dios:

—¡Yo quiero ofrecerte este nuevo dolor, sombra querida y venerada de mi inolvidable y ofendido esposo!